

MISA EN EL ENTIERRO DE JOSE ANTONIO

Por JOSE MARIA SANCHEZ SILVA

Y me acercaré al altar de Dios, al Dios que es la alegría de mi juventud.

S día 28 y van ya muchos relevos rendidos. A las nueve, el cortejo ha pasado el Penedoso, pueblito arrullado en la áspera mitad del cañino. Luego, la marcha ha proseguido a través de la manana espejada, partiendo en dos el otoño como un pan de oro sobre el pecho de Castilla.

(¿Cómo vienes, José Antonio! ¿Qué colmado traes en el vaivén de tus andas el destino nuestro? Dices que esa barca negra y roja en que cruzas aprendió algo del mar aquel que dejaste atrás. Pero la verdad es que viene navegando sobre la sangre nuestra, contenida para ti.)

En algún reloj invisible del aire nos han sonado, de pronto, impensadamente, como si la medida del tiempo fuese nueva, las doce. El cortejo se ha detenido. A lo lejos, una hondata suave deja adivinar la espera de Mota del Cuervo.

Se cuelga la luz de las boyoneas, desnudas al paisaje como oraciones verticales. Aquí en medio se va a decir la misa. Es domingo, Señor, y salen hoy tus pájaros con menos frío.

Una orden, y ya está. En vanguardia, la Cruz; detrás, la mesa sumaria, el clero, los falangistas arma al brazo endurecido, y las andas largas, rodeadas de vivas camisas azules.

Sobre la tierra, José Antonio. En esta misma tierra, Capitán, que tú querías porque no te gustaba. Pobre, entera, aterronada, muerta de cielo en la entera mitad que es España.

Cerca, lejos, no se sabe bien dónde, un árbol de muchos días acompaña con su muda reverencia de ramas secas, sobre las que ha venido a morir alguna vez la Primavera.

Tú lo dijiste aquí mismo: "Pues bien; si os engañamos, algún árbol quedará en vuestra llanura: ahorcadnos sin misericordia."

INTROITO

Tú, Señor, nos sustentas con riquísimo trigo y nos sacias con la miel que destilan tus heridas.

Amanecía sobre Alicante. De todo el litoral acudían, como a una cita de amor sobre las aguas, todas las barcas velas, tripuladas por la Falange. Aquí están, cuando llegas a hombros de tus camaradas, los primeros cien mil que han de gritar tu presencia. Antes, ha habido una larga pausa. Es la del reencuentro. Porque el mar esperaba tu brazo en alto para unirse con la tierra en nupcia imperecedera. Y tú a cu d i a s muerto a la ceremonia. ¡Señor, Señor; qué ancha es la pausa ésta hasta que la rompen los cañones con su bronco resaca de hierro!

Cuando el cortejo se aleja, y se quedan el agua y la nube estremecidas, sobre la marea de la angustia. Alicante se queda allí, cada vez más no sé dónde.

GLORIA

Te damos gracias por tu grande gloria.

Sobre el resplandor lejísimo de las primeras hogueras abiertas a la noche en los castillos, avanza el cortejo. El camino está cubierto de mirto y crisantemos nuevos, ceñidos de laurel. Ha comenzado la ascensión, España arriba. Está en pie Levante, asomado a las blandas esquinas de la noche, celoso de la meseta que espera firme, sabiéndose guardadora última.

Bajo el fulgor de los luceros despierta de pronto la luz de los hachones. José

Antonio avanza en silencio. Es, tal vez, el instante supremo de la intuición. Los conductores aprietan el paso. Porque sienten la llamada de la eternidad. Llama la piedra a la sangre, y es noche en que el Monasterio de El Escorial vigila la más los puntos cardinales. Propicia a la roca final, cimiento del Imperio, la marcha se precipita. Muy pronto habrá que ordenar, a la manera falangista, la medida del pulso. Hay que distanciar los relevos.

El mundo sí, palpita sordamente afuera; pero es la sangre de los escuadristas la que registra mejor el escalofrío de los clarines de la gloria.

EVANGELIO

Dijo Jesús a la muchedumbre de los judíos: «No sucederá aquí como con vuestros padres, que comieron el maná y, no obstante, murieron.»

La llanura está recogida e íntima. Parece el oratorio familiar de la gran casa solariega. Como un solo hombre el cortejo se ha puesto en pie al anuncio de la palabra divina. Suena el Evangelio en el aire detenido. El sol resbala sobre el haz de cabezas inclinadas.

Todos en pie, menos tú, que yaces acostado de cara al espacio de las mañanas. Allí, por el otro extremo de la carretera, se acercan las gentes impacientes del pueblo vecino. Llegan religiosamente, pisando quedo, con el airón redondo de la gorra en la mano. Llegan con la boca abierta, y llegan a tiempo. Porque sobre ti la palabra de Dios se queda.

Ahora, ligeramente, el aire mueve los paños enlutados que cubren tu atad. Es que el Evangelio ha terminado.

Y un aliento funeral estremecido ha dicho:

"Credo in unum Deum."

OFERTORIO

Señor, he amado la hermosura de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria.

¿Cómo se empuja Castilla, Señor, enamorada! ¿Y cómo sube el entierro del siglo, con sus falangistas, Señor, y sus mujeres con velas encendidas por la fe a pleno sol.

Ha pasado ya la Mancha. Ha cruzado el lecho del viento desceñido a brazo por el tajo de los molinos.

Aun no está el campo despierto del todo y ya amaneces, José Antonio, llevado entre el silencio, pisando la primicia del sol. Es apenas la hora del relevo en la guardia de las estrellas. Y canta sin voz, sobre tu muerte, el renacer de todas las cosas. Y gravita la Historia a hombros de tu cortejo, y se va sometiendo la Geografía en un suave sucederse de curvas desanilladas.

PREFACIO

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos.

Es a lomos de la muerte, señor, como se va rehaciendo esta España tuya. Por eso, llamados en la entraña misma de su letargo, asoman a esos altozanos las figuras ingenuas y primitivas a saludar al que pasa tendido y muerto sobre los hombros de la Falange. Son figuras como de barro, Señor, y Nacimiento. Figuras con alforjas y pañolones, cayadas y burrillos blancos.

No habían salido nunca. Han engalanado sus casacas lejanas. Y han abierto el arco, Dios, que huele a espliego y a tomillo. Luego, sobre la puerta torcida como una mueca, han colgado su colcha nupcial, con una gran cruz encima. ¡Pasa José Antonio!

¿Y quién es José Antonio? ¡Ah! El es, y basta.

EN MARCHA

Los muertos también se asoman. Cruces que se acercan a la cuneta. Toscas, sencillas, dramáticas. Y tú, Capitán, vas pasando, otra vez, revista a tus leales.

Firmes bajo la tierra, te ven pasar. Ellos cayeron también, y hoy se almean, como siempre, a tus órdenes. Tú les condujiste en la vida difícil y esquinada, y ahora van tras de ti, ellos, sin sus piernas ni sus brazos, con el alma hecha himno, Capitán.

COMUNION

Todas las veces que comieris este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga.

Tu barca cierra el puente. Están unidas, en ti, las dos orillas. Y su proa, de

día y de noche, va atando caminos y nombres, sin dejarse uno en la tiniebla.

También se alinean los pueblos dispersos de España y te salen al encuentro encendidos de amor. Ni uno te quiere mal, y... aquí vienes, sin embargo, sin tu voz de mando ya en la garganta.

Vas a entrar en Madrid. Te esperan los hombres y las piedras en un silencio apretado. Ya no son los mismos, porque un amor nuevo y fuerte, entero como una llama, les muere dentro. Pero "porque nunca te olvidamos a ti, José Antonio, jamás les olvidaremos a ellos."

¿Cómo pesas, Capitán! ¿Y qué gloriosamente duele tu peso en el hombro arrimado! Llegas ya a tu piedra, y nosotros nos quedamos fuera, "arma al brazo y en lo alto las estrellas".

Ni una lágrima. Como tú querías. Enteramente. Dispuestos y a punto siempre de marchar con el himno entre los dientes. ¿Te acuerdas?

«...con la camisa nueva, que tú bordaste en rojo ayer...»

Es siempre un cantar de guerra que despide a la novia en su ventana. Es siempre FE, esperanza siempre fundada en el servicio de la sangre. Aunque pidamos también, en invocación última:

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla.

Deben de ser las doce y media. Ha terminado la misa y vamos a reanudar el camino. En Mota del Cuervo—tres kilómetros—espera el pueblo. Aquí habló José Antonio. Algunos le recuerdan.

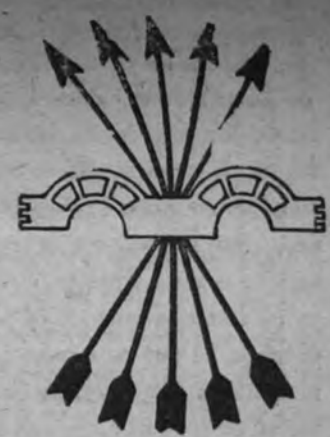
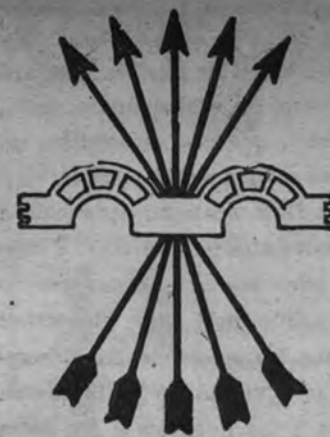
¿Qué pronto, Señor, los pájaros se van a alborotar con la frase seca de los fusiles! Y luego, como golondrinas, revoloteará. Un instante, aloados sobre el féretro de José Antonio.

Pero ahora hay que subirle a hombros. Los escuadristas se acercan. Es un momento tremendo éste en que el esfuerzo de los brazos levanta las andas. Es España que sube. ¡Arriba!

Y ahora, ¡en marcha!

¡Arriba España!

(Publicado en «Arriba», Madrid, 20 de noviembre de 1940.)



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II

MADRID, 27 DE JUNIO DE 1943

NUM. 78

CRONICAS LITERARIAS DE AUTORES JOVENES

Presentamos a continuación la «Antología de Crónicas Literarias» de escritores más recientes, que prometi-mos en nuestro número de febrero último.

Las explicaciones consignadas en el mismo, respecto a criterio selectivo, orden de publicación, posibles omisiones, etc., pueden darse por reproducidas en este su mozo complemento.

SUMARIO:

Morir no es lo peor, por Mercedes Ballesteros de la Torre. (Ilustración de Escassi.) Pág. 1.

Crónica de la eternidad, por José Antonio Pérez Torrealba. (Dibujos de Tauler.) Pág. 3.

El tercer puesto, por T. Nieto Funcia. (Dibujo de López Sánchez.) Pág. 4.

Cambio de rumbo, por Román Escotado. Pág. 5.

La creación como patriotismo, por Pedro de Lorenzo. (Cabecera e ilustración de Serny.) Pág. 6.

De cómo Erick Marie Remarque no estuvo en la División Azul, por Jesús Revuelta. Pág. 7.

En las primeras veinticuatro horas, por M. Villalonga. Pág. 8.

Angustia y ruina de Dunkerque, por Ismael Herráiz. (Dibujo de Suárez del Arbol.) Pág. 9.

Episodios nacionales o historia de la ocasión perdida, por Rafael García Serrano. (Dibujo de Galdós, por Pedro Bueno.) Pág. 10.

Navfragio de la moral familiar, por Ignacio Agustí. (Ilustraciones de Egüa.) Pág. 11.

Recuerdo del poeta por tierras de Alvargonzález, por José García Nieto. (Cabeza de Antonio Machado, por Pedro Bueno.) y Contra los tristes, por Eugenia Serrano. Pág. 12.

Sodoma and Gomorra, Ltd. Society, por Luis Ponce de León. Pág. 13.

Tiempos de ayer, por Alberto Crespo. (Ilustración de Ubieta), y Paisaje desde el tren, por Juan Sampelayo. (Ilustración de Serny.) Pág. 14.

Tal vez demasiado humano..., por Alvaro Ruibal. Pág. 15.

Misa en el entierro de José Antonio, por José María Sánchez Silva. Pág. 16.

TODO lo que tiene de tremen- la idea de la muerte no depende más que de la manera de verla desde la vida; cuando, en realidad, es justamente lo distinto a la vida, lo otro. Un hombre que muere es un espectáculo que sobrecoge, y sólo alcanzando la certidumbre de que donde

MORIR NO ES LO PEOR

Por MERCEDES BALLESTEROS DE LA TORRE

acaba el hombre vivo empieza el hombre muerto, se puede sosedadamente contemplar ambas distintas cosas. Aquel que estaba «aquí» agonizando ya «no está aquí». Ni un solo momento una y otra cosa se han tocado, ni un solo momento el hombre vivo ha estado muerto. El hombre vivo ha terminado su vida. Lo que acaba es la vida. El muerto ha empezado lo que no se acaba. Porque, al fin, hay que estar vivo, hay que ser mortal para morir, y hay que morir para ser inmortal.

La vida es dilema, duda, variación y temor. El hombre viviente está sometido a la elección y al azar. Y está, sobre todo, sometido al constante peligro de muerte. Cuando la muerte deje de ser peligro para ser certeza y cumplimiento, el camino azaroso, lleno de desvelo y misterio, dejará de ser camino, y el hombre sabrá a dónde va, mejor dicho: a dónde no va, sino que estará de arriba.

En la antigüedad, la muerte era más paralela a la vida. El hombre antiguo vivía en el vilo, pavoroso y heroico, de pensar en su fin. En su fin y en su principio. Se gastaba la vida en descifrar lo que fué antes el mundo y lo que será después. Pero, si bien su imaginación se dilata, poética y grande, en describir un cosmos magnífico y musical, en cambio, sólo reserva al hombre, después de la muer-

te, un destino, corto, seco. Ni siquiera un destino, sino un fin. Trata a veces de crearse una fe, pero no logra más que crearse una opinión. Sus opiniones consiguen encender el fuego de sus polémicas; pero no otro fuego: la creencia. El hombre antiguo, el griego inteligente, pasa el tiempo suyo de la tierra en un curioso docto

del cosmos ignoto y de la muerte (muerte o no muerte, ser o no ser). Es decir, ciencia y conciencia.

El griego tiene un pie en el otro mundo, en el mundo de los muertos y de los no nacidos. Se ha olvidado la creencia salvaje de que el hombre continúa una existencia igual después de la muerte. Ya no se entierra a los difuntos con los platos para el almuerzo, como aquellos egipcios tercos. El hombre se va del mundo desnudo y con el corazón en la mano. Pero también, a veces, se sigue suponiendo que «después de la muerte no hay conciencia», como profetizaba Yajnavalkya para consolarse de sus inquietudes.

Poco a poco, la existencia de la tierra va perdiendo categoría, y hay un Diógenes que desprecia las circunstancias contemporáneas, y hay, por distinto camino (diríamos que por el buen camino), unos estoicos que menosprecian el gozo de la vida presintiendo en el fudo gozo más alto. Oyendo, quién sabe, la promesa en la divina clarividencia de sus almas.

Y Oriente se queda atrás, naturalmente, en el pasado, que es su meta retrospectiva y silenciosa.

Los siglos fueron pasando sobre los hombres muertos y sus esperanzas vivas, y florecieron nuevas primaveras humanas. Por el error se ha ido camino de la verdad. Por el error de Catón, diciéndole: «Una mano hará ancho el ca-



mino a nuestra libertad», y suicidándose. Hasta la verdad de Jesucristo. La muerte como liberación. Promesa sin límites. No es ya la libertad negativa de dejar de ser, sino la libertad sin fondo, sin medida, de afirmar la existencia, de salvarse. No se deja la vida, sino que se busca la resurrección, que nada tiene que ver con la creencia bárbara de la reencarnación. En definitiva, ya no existe la muerte. Se ha acabado el héroe, el que se dejaba la vida sin más ni más, el que dejaba de ser voluntariamente, quizá porque en el fondo no media la importancia de su vida. Y nace el mártir. El que ofrece la vida a cambio de la salvación.

El héroe antiguo arquetipo, mitad di-vo, mitad suicida, que no cree en la muerte es que cree en la vida es el no nacido. Y por eso se juega la vida. El mártir no juega; medita, ora y padece. La vida para el cristiano es insegura, en vilo, y por eso apoya su frente en lo verdadero, es decir, en Dios.

Por eso hay un cambio intrínseco, importantísimo, en el sentido de la guerra. Del soldado antiguo, cuya belleza de estatua subyuga y engaña hoy, pero que debió ser una bestia feroz que iba a la guerra por el placer de matar, al soldado moderno (entendiendo por moderno a Ricardo Corazón de León, por ejemplo), que iba a la guerra por el placer de morir, el cambio ha sido cate-górico, trascendental. La tentación del hombre cristiano es la muerte. El solda-do que cree en la otra vida tiene la in-clinación natural de querer morir. Late en su valor de hombre la divina curiosi-dad urgente, el tentador secreto.

Quien tiene puestos los ojos más allá obra de muy distinto modo que el que sólo está aquí y no sabe descubrir el horizonte. Eurípides, que tardaba tres días en hacer tres versos porque escri-bía para la posteridad, pudo, por lo pronto, ser un gran poeta; pero en la guerra habría sido también un buen solda-do. En cambio Horacio, con su bello canto, si volvía los ojos a sí mismo tenia que exclamar: «Somos polvo y som-bras». Mal soldado.

Los gladiadores del circo romano, an-tes de comenzar la pelea gritaban: «Ave, Caesar imperator, morituri te sa-lutant». Los mártires cristianos que morian devorados por las fieras no salu-daban con pedantería al tirano. Tam-bién es verdad que ellos no morían. Y estaban en el secreto.

Pero no todos oyeron las palabras del Salvador: «Yo soy el dueño de la muer-te». La Edad Media se atormenta en el martirio de la duda o se salva en la paz difícil de la fe.

Y llega con sus pasos contados el Re-nacimiento. Entonces Rafael, cuya vida aun alienta y alimenta los siglos, mu-rió de treinta y cuatro años. Cuando to-caba el cielo con las manos. Hasta que el cielo fue quien lo tocó a él en el co-razón. Para que veamos sobrecogidos de temor de Dios, el ejemplo encendí-o de este hombre super or a quien el Se-ñor señala tempranamente y se lo lleva. Siete años más tarde, Masquavele, en un sueño que tuvo horas antes de mo-rir, escogió ir al infierno en lugar de ir al Paraíso. Aunque en su caso la eco-

ción fue superflua. En esta época de catedrales, de palacios y de Papas mun-danos la vida está tan desorbitada, tan fuera de su quicio ético y de su sentido religioso, que puede darse algo tan tris-te, tan descorazonador como la muerte del Aretino que moría en Venecia de un exceso de risa, esto es: suicidado con sus propias armas. Ya vendrá el XVII, ya vendrá España a poner las cosas en su punto: «Aparta la imaginación de los sucesos adversos que te pudieran venir; que el peor de todos es la muerte, y co-mo ésta sea buena, el mejor de todos es morir.» (Cervantes, «Don Quijote». Parte II, capítulo 24.)

Y llega el XVIII. Lavoisier murió en la guillotina; pero su teoría química se basaba en la afirmación. Esto es lo que cuenta. Si eres capaz de afirmar, no te importe que te corten la cabeza. Di-derot, en cambio, es una especie de ca-

beza cortada hablando sola y diciendo a todo que no. Voltaire interrumpe su agonía para abrazar a un amigo. En realidad su vida toda no fue sino eso: una interrumpida, prolongada agonía. Su corazón se guarda en la Biblioteca Nacional de París como un libro.

En el Romanticismo se muere por afi-ción, porque sí, por sangre torera, por un impulso artístico. Lord Byron, poeta, cuando la insurrección helénica, marchó a Oriente donde murió. ¿A qué secre-to mensaje del siglo de Pericles puesto de pie obedeció su partida?

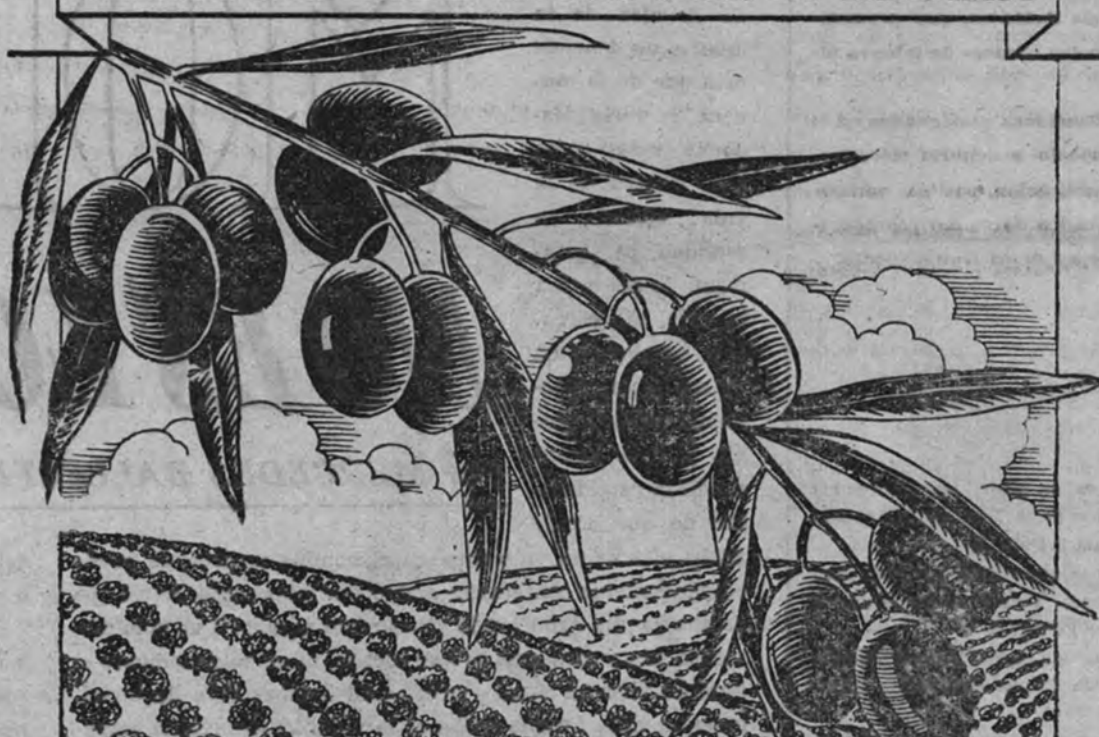
La Historia es la historia de los muer-tos. Hasta que el mundo termine y acu-damos a la cita tremenda todos. El grie-go del alma adolescente, ansioso de ver de cerca las estrellas. El pagano del XVI que desea encontrarse con sus amistades; Goethe, que cuanto más pensaba en la vida más se convenía de

que la vida está ahí para ser vivida. Nel-son, que preconizaba que una muerte gloriosa es digna de ser envidiada; Al-manzor, que murió de tristeza; Edgard Poe, que murió de «delirium tremens», y D'Alambert, que era especialista en discursos de académicos fallecidos.

Y estará Dios sentado, «parecido a una piedra de jaspe o de sardias». Y sólo ante Dios se podrá comprender que no ha existido diferencia entre el hombre vivo y el hombre muerto, entre el hom-bre cuyos ojos ven la luz de la aurora desde lejos, y los que ven la luz de la aurora desde cerca. Que sólo es distinta el alma que se salva del alma que no se salva que sólo hay un camino y que sólo hay un afán: la salvación del alma.

M. Ballesteros de la TORRE
(Publicado en el número 1 de «Santo y Seña», el 5 de octubre de 1941.)

EUROPA PUEDE VIVIR POR SI MISMA



OLIVARES DE ESPAÑA

En medio de los campos de España, las hileras de olivares con sus hojas de plata, son como formaciones en el ejército de la producción. En la economía europea son un factor importan-tísimo los aceites españoles.



CEREBROS Y BRAZOS EUROPEOS PRESERVAN A EUROPA DEL BOLCHEVISMO

Tal vez demasiado humano

Por ALVARO RUIBAL

El obligado viaje anual —por Pascuas— a Galicia proporciona siempre un gran acopio de impresiones. El cambio es brusco. Saltar de una opulenta mediterranei-dad a las breñas galie-gas equivale a vivir un maravilloso contraste. rido, por la complejidad geográfica española, es muy de mi sabor. De una tierra sensual a una tierra huma-na rodamos a través de una tierra dramá-tica. Los paisajes nativos tienen perma-nencia en nuestra alma, pero la ausencia desdibuja contornos, y son necesarias estas periódicas visitas a los parajes queridos, porque algo hasta ellas ignoto, impercep-tible, borroso, mostrará su desnudez, su color y su forma.

¿Seríamos estar ya habituados a ob-servar los paisajes con una acrisolada hom-plidez. Contemplarlos con trivialidad de cu-

se orienta sobre una colina cercana, y en este momento, filo del atardecer, el sol hie-re las vidrieras, que tienen reflejos platea-dos y violáceos. El sacristán, de sotana y roquete, mete bulia por el atrio. Unas mu- jeres siegan el maíz y se escucha el duro corte de las hoces. Los niños forman mon- tones de mazorca, y gritan de contento cuando encuentran una espiga de granos rojos o sonrosados. En un prado pastan

riachuelo. Es natural que el cuadro no nos satisfaga. Somos ambiciosos y queremos algo más espectacular, más salvaje. Esos elementos ingentes—rio, llanura, monte, bosque—están fuera de nuestro campo vi-sual. ¿Qué hacer entonces? Una voz re-cóndita nos dice, sin embargo, que a nues-tros elementos existen. Pero, ¿dónde están? Presentimos que se ocultan tras la montaña. La solución será trepar a la cum-



unas vacas flácidas. El rapaz que cuida del ganado tañe su flaut a aldeana, y el sonido del instrumento tiene un no sé qué de vieja madera.

Rápidamente apreciamos desde esta al-tura una carencia absoluta de motivos paisajísticos primarios. No se ve el río más o menos caudaloso, el bosque de pro- porciones colosales, la amplia llanura sin fin... ¿Cómo gozamos, pues, de este pa- saje si faltan las cosas que fijan fundamen- tales en los que fijar largamente la aten- ción? Hay que buscar refugio en el re-cinto encantado del presentimiento y ad- vivir que dos ringleros de arbolitos, por ejemplo, ensombrecen el hilo de agua del

bre, a la divisoria de dos valles; mas he- nos aquí de nuevo desilusionados. El pa- saje que atalayamos desde la cresta será análogo al de la hondanada anterior. La ausencia de lejania en el paisaje gallego engendra el presentimiento aun en el hombre peor dotado de las oportunas fa- cultades de observación. Subiremos y ba- jaremos por las adarvas en penoso es- fuerzo montañero, y, ¡por fin!, surgirán esos anhelados motivos. Pero, ¡eh!, cuida- do, nos hemos alejado sin querer de la co-marca campesina, y estamos, perplejos, en el litoral; en la Galicia marinera de los anchos esteros.

El caso es que este paisaje nos distrae.

Una serie de notas de escaso volumen de-ja una huella de alegría: el pinar, la casita blanca con su chimenea humeante, el camino que serpenea por el bosquecillo y se oculta después bajo un emparrado... Todo tiene un valor plástico y decorativo. La contemplación de un paisaje gallego no induce al arroamiento, sino que, por el contrario, a una alegre diversión casi infantil.

Rosalia de Castro y Valle Inclán han plasmado en sublimes páginas literarias esa distracción curiosa. Los egregios es- critores no desmenuzan el paisaje a la moderna manera levantina, no lo descri-ben hasta apurar todas sus notas, sino que dan unas pinceladas adecuadas, esoran una composición y abandonan a lector en la encrucijada de su congrua fantasía.

La tierra tiene una esencia primitiva. El país rezuma secular primitivismo. La pro-fundidad de habitaciones le da un carácter profundamente humano. El misterio del más allá levanta en esta punta de Europa monumentos religiosos, altares, inscrip-ciones, lapidas fune- rarias. Finis terrae, confín del mundo an-tiguo donde las en-crespadas olas oceá-nicas se estrella en las rompientes. Aun perdura en mi me-moria la ocasión trá-gica cerca del Fazo de Gondal, en que la procesión de al-mas en pena corría en la noche hacia el cenobio de Lórez. «Aprécia as mans, mui meniños, diño mi aubea en el robleidal. Fue una visión esca- lofrante que conser- vo y dió tónica a mi espíritu. La tierra nos llama a los que pasamos en los cam- pos los felices años de la niñez.

No se me oculta que la desmesurada influencia del ric- menio agrícola so-bre las ciencias pro- dujo en Galicia un retraso técnico la- mentable. Pero la entrañable comunión del hombre y la tie- rra, el permanente epítalamo del hom- bre en el paisaje, nos lanza a lo porvenir, y a la postre salva nuestra estética im- pronta civilizadora.

El gallego vive pa- ra el terreno, la sa- lud y la raza. Cada hombre es en Gali- cia una vida al ser- vicio de la Historia, y la tierra —como dijo Unamuno— es una naturaleza hu-manizada, hecha mansión del hombre, lugar de descanso en que se aduerme, como caricia tibia, un aliento de humedad. Es un país femenino.

Quizá este adjetivo tan poco unamuni- da, no sea muy acertado. El paisaje gal- lego no es trivial, ni sentimental. Y en esta época de revisión de valores estéticos conviene decir que es un paisaje antiguo, barroco y humano. Tal vez demasiado hu- mano.

(Publicado en «Destino», Barcelo- na, 1 de abril de 1942.)

TIEMPOS DE AYER

(Viene de la página anterior.)

tras seguimos a la muchacha— Pintaría el cielo de negro y quisiera que los incensa- rios sólo plomo quemasen para crear nuevos corazones. Así la tarde sería un bello marco para una liturgia falangista. Todo soledad y silencio, y en medio, nosotros, al- tos los brazos, en invocación suprema de guerra y de venganza; con el alma angustia- da al desnudo, cantando y con paso solemne hasta que la sombra de las escudras se perdiese más allá de las amarillentas colinas del horizonte.

Mientras nuestro camarada habla, llegamos, siguiendo a la muchacha que marcha sola delante de nosotros, al puesto de flores. Allí—aun al través de unos años lo re- cuerdo—, el aire era pacífico y oloroso. Todos nos desabrochamos el abrigo y la cha- queta como si quisiéramos oler hasta con el cuerpo.

La muchacha pide las flores y la vieja florista picotea en los cestos buscando ma- tices. Al fin termina su obra y entrega el ramo a la joven. Es todo rojo, como ella quería, y no tiene brillo. Unos filamentos verdes que se pierden hablan en un lenguaje desconocido cosas extrañas.

La muchacha nos entrega el ramo sencillamente, sin preámbulo oficioso, sin palabras; sabe que lo llevaremos y esto parece bastarle.

El camarada, el que hubiera querido poner hojas de pino y laurel en las ventanas, adi- viniando una liturgia falangista, permanece callado. Tal vez los más bellos pensamientos

pugnaban por convertirse en palabras, pero pudo más el fervor silencioso con que aquella muchacha puso su ramo de flores en manos del camarada que nos mandaba.

No la he vuelto a ver más; tampoco mis camaradas.

Más tarde, muchas veces, en nuestras horas de descanso, hablabamos de ella y de su ofrenda.

—¿Qué cara de extrañeza ponía la gente en el tranvía, camino del cementerio?

Sí; en aquellos tiempos era raro un joven con un gran ramo de flores en sus brazos.

Tenía la escena regusto de pólvora quemada, ¿no os fijasteis? Amanecía el fuego en todas las esquinas y los perfiles de las cosas nos parecían rojos, más rojos aún que las flores que llevábamos.

—¿Cómo nos miró José Antonio...? El no se extrañó; era diferente de todos los que hasta entonces nos habían mirado. Creo que adivinó lo que había pasado. Al menos, él, podía hacerlo.

Han pasado unos años desde este suceso. Algunos de aquellos camaradas que conmigo marchaban aquella mañana de febrero por el paseo bordado de hierba, ya no viven.

Dios haga que los que quedan, con el alma angustiada al desnudo, cantando y con paso solemne, vayan hasta sus tumbas con un ramo de flores en los brazos.

Alberto CRESPO

(Publicado en «Haza». Madrid, febrero de 1943.)



EL TERCER PUESTO

Por T. NIETO FUNCIA

El tercer puesto es el que ve la primera luz del amanecer y el que aguenta los mayores rigores del frío y de la helada cuando el ambiente ha cedido ya a los asaltos del frío. Nosotros tenemos el tercer puesto de guardia, porque son más largas sus horas y rompen la tibieza del último sueño. Entonces cantan los gallos, el campamento parece muerto bajo la nieve alta y blanca como un manto de luto por la juventud; la alegría de los dedos rosados sobre el horizonte sorprende encanijado al centinela que empieza cansado un nuevo día de bregar azaroso.

Haciendo el tercer puesto me acordaba de Alfredo de Vigny y de su libro «Grandeza y servidumbre, de las Armas», para lamentar una vez más que no incluyera en su prosa serenamente apasionada la virtud del soldado raso, más abnegada, más ingrata, más cerca de Dios por lo que tiene de puro acto de fe y de servicio. Y paseaba entre tanto penosamente sobre los desconocidos zuecos con que abrigamos los pies, avanzando el cuerpo antes que el caso. El castro está en el regazo de

una alameda, donde el viento se retuerce y gime. El suelo está perforado y atravesado de troncos caídos. Entre chimeneas y lienzos rotos de pared sobre los escombros y la trama huesuda de ramas sin hojas o tronchadas, la posición parece la gigantesca mano de un cadáver despiadadamente insepulto. Yo sigo pensando: para el soldado el uniforme sirve exclusivamente como hábito austero de renuncia a la singularidad, el atributo más entrañable al hombre de carácter, la gloria le llega desmenuzada y casi como desenlace feliz de un esfuerzo bruto, sin mérito y sin espíritu; la grandeza de su intención, lo mismo que su ahínco, sólo cuentan en el plano de lo moral y sólo se constatan como matiz a través de los siglos.

Un tiempo, quizá, el soldado no fué más que el soporte físico de cualidades raciales y nacionales, y su quehacer, reducido a profesión, se recompensaba a sí mismo por las leyes históricas y biológicas de la guerra. Un tiempo, el soldado, acaso, pagaba un canon peleando o redimía la miseria de su existencia. Pero hoy, de la misma manera que en la ciudad de la Edad Antigua, son soldados todos los hombres varones durante la edad hábil para continuar la

Patria, para preservar su pan y para garantizarse la justicia. Así ha sido posible el soldado moderno, humildísimo en su condición, tanto como ensalzado de ánimo, supeditado rígida y noblemente a una disciplina estricta con fundamentos de economía cósmica divina hecho obrero del porvenir de su linaje y guardián de la sepultura paterna. El soldado marcha exhausto y abrumado bajo su macuto por tierras encarambadas o por el suelo ardiente, con hambre o sin ella, con sed o sin ella, pero seguro de cuán inefable es la actualidad angustiosa de su sufrimiento y la gozosa embriaguez de su esperanza. Siempre solo entre sus camaradas, en la desazón y en el entusiasmo. Impersonalizado en su atuendo, con seguridad que se arguye en los peores instantes con ejemplos famosos o con razones de santo egoísmo colectivo. No tiene porvenir ni pasado. Vive en un «aquí y ahora» perpetuo de una providencia que puede ser mala. Ahí lo tenemos casi deshumanizado, hecho un resorte de la voluntad ajena, a la que ha de añadir la suya honradamente. Sin ser nada como individuo, es como institución el verdadero testigo de todas las transmutaciones, la voluntad humana encabritada sobre el mundo, la

condicionante de cualquiera otra posibilidad. Grabado en la hebilla del cinto, el soldado alemán, que muy bien pudiera ser hoy el prototipo del soldado, lleva inscrito el famoso «Gott mit uns» (Dios con nosotros) que escribiera Martín Lutero a Ubrich von Hutten, refiriéndose a su país. Mejor, acaso, llevaríamos la otra frase famosa de Lutero: «Wir sind Gottes mächtig» (Dios está en nuestro poder).

De súbito se ilumina el cielo con el resplandor fugaz de una bengala que abre camino a los disparos. Se organiza un baile lento de balas trazadoras que atraviesan como chispas. Por un momento se rompe la quietud entre explosiones de bombas de mano, morteros y ruido de ametralladoras. Nada; un desprezo de la noche en guerra.

El viento se hace cada vez más cortante y silba entrando por el casco. Techumbres desvencijadas alteran el silencio con vaivén de latas y ruido aparente de pasos cautelosos y discontinuos. El centinela contiene la respiración hasta que el rumor se pierde. El puesto sigue sin novedad.

A su espalda, a dos pasos, hay una trinchera entofañada con un cartel breve que dice: «Hier liegen russen» (aquí yacen rusos). Me acuerdo de los villorrios que atravesábamos durante la marcha donde otra inscripción frecuentísima señalaba muchos edificios: «Hier wohnen juden» (aquí viven judíos). La complicada alma germánica con sus veleidades idealistas sobre el realismo cotidiano y vital más fuerte, va erigiendo así trofeos de su victoria pregonada también por otros mil testimonios que jalonan las rutas de Europa. Los judíos desenmascarados y capitulados no están menos muertos para su vida activa que los otros rusos yacientes en nuestra posición, para la colosal vesania de los eslavos. Señalan de esta manera, con fruición de la tangible verdad que denuncian: «Hier liegen russen», «Hier wohnen juden».

Falta un cuarto de hora para el relevo. Los pies comienzan a acorcharse y los últimos momentos gotean espaciosamente, aunque alegres por la proximidad del descanso arrimado al fuego en la chabola amable llena de efusión de la camaradería y del calor de la lumbre. Se regodea la imaginación. Tostadas con mantequilla, dejar la ropa pesada, lavarse y comentar sempiternamente: ¿cuándo volveremos para abrazar a los nuestros y reanudar con fervor la otra tarea, la de la última vertiente de la vida? Y dirán uno y otro alternativamente, unas veces, que «quizá nunca»; y otras, que «acaso para Navidad».

Yo termino mi puesto diciéndome: la guerra es un campeonato de capacidad de sufrimiento; pero con todo, la literatura que ha recargado los cuadros de horror, no ha reflejado los transportes del placer elemental de comer con hambre, de arrimarse al fuego casi atenido, de gritar juntos como insuflados de un hálito orgiástico y entusiasta, de ensanchar el pecho después de un gran esfuerzo y sentir el alivio de la brisa, del sol o del agua. En la guerra, también la ternura por la familia y por los amigos emborracha de caridad. El que no ha sido soldado no puede ser hombre.

Ferreira entra de puesto.

(Publicado en «Pueblo». Madrid, 12 de enero de 1942.)

SODOMA AND GOMORRA, LTD. SOCIETY

Por LUIS PONCE DE LEON

“REBECA” es la mejor película que se ha proyectado en 1942 en nuestros salones, según testimonio coincidente de todos los que se ocupan de cinematografía.

Cautiva ya desde las primeras escenas. Escenas en que la máquina pasea los ojos del espectador por las avenidas de un parque, borradas de tiempo y de abandono. Una voz de mujer se escucha, conmovida, flotar entre el viento de las ramas del jardín y los recuerdos, evocándolos con apaciguado dolor en cadencias del más acabado sentimentalismo. Es, precisamente, la ocasión que desde su butaca aprovecha el último romántico para hacer la penúltima burla y diatriba contra el romanticismo.

En arte, estar contra el romanticismo es tan necio como estar contra lo medieval o lo barroco. Lo importante es que la obra tenga suficiente altura, y lo secundario, que haya nacido en una u otra escuela. Hasta lo cursi es un estilo que ofrece sus posibilidades. Pienso que una cursilería selecta aventaja a una mala estatua clásica.

El gran recurso utilizado por los creadores de «Rebeca» es mantener ausente al personaje central, con la ausencia doblemente seductora de la muerte. Rebeca se hace sentir en los membretes de sus cartas en blanco, en las iniciales de sus ropas, en la disposición de los muebles que ordenó su mano; pero sobre todo fulgura en lo invencible de su recuerdo, que sonambuliza al viudo, a los amigos, a la servidumbre. De continuo se imbuje al probo espectador la impresión de que la figura de Rebeca triunfa después de morir, con un imperio dulce, vago y casi angélico. Y, en efecto, esta figura que el probo espectador no ha llegado a ver le será causa de interrogaciones y de insomnios.

Sin embargo, un análisis racional bastante sencillo demuestra que todo ello es inverosímil, que Rebeca es una criatura morbosa y despreciable. Rebeca no tiene hijos; engaña a su marido con señoritos de una vulgaridad brutal; se suicida por no morir, y, para que nada falte, frecuente Lesbos en compañía de su ama de llaves, como insinúan con cierta delicadeza unas escenas que serían, por demás inadmisibles, y que a bastantes espectadores han hecho pensar en las distracciones de la Censura.

Se repite aquí el caso que hace años se dió con «Margarita Gautier», excelente película cuya producción fué impedida, creo que por la autoridad eclesiástica, en algunas provincias. En «Domingo» D. Juan Pujol publicó una exaltada apología de «La Dama de las Camelias», considerando su éxito nada menos que como una señal de regeneración de nuestras juventudes. El éxito de «Margarita Gautier» se debió solamente, gracias a Dios, al prestigio de una actriz y a la maestría de un director cinematográfico; y arreglada estaría nuestra juventud si volviese a caer en bobalicón o cínico entusiasmo por la cortesana de Dumas, miseria para la biología y para la moral lástima.

Igual sucede en «Rebeca». Toda la adoración, casi mística, que el director de la cinta ha situado alrededor de ese fantasma, sería lógica rodeando a un ser perfecto; pero no es sino patológica cuando se rinde a un organismo dislocado, lleno de morales toxinas, invertido y frívolo.

Pero «Rebeca» cinta y novela, ha venido precedida del éxito en su tierra natal. Y lo que quiero señalar es el interés que «Rebeca» —cinta— encierra para la visión de lo que ahora está pasando entre las naciones.

Sin duda, hay enfermedades que embellecen. La fiebre misma da ya a las mejillas un color muy grato. La tuberculosis, en su postrer período, suele comunicar a los ojos un fulgor y al corazón un impulso que han desempeñado papel de alta importancia en la literatura poética del siglo XIX.

Pues también una nación puede dar

los últimos pasos hacia su ruina orgánica con pareja elegancia desvanecida, y la historia de la cultura, del lujo y del erotismo pueden dar fe de ello.

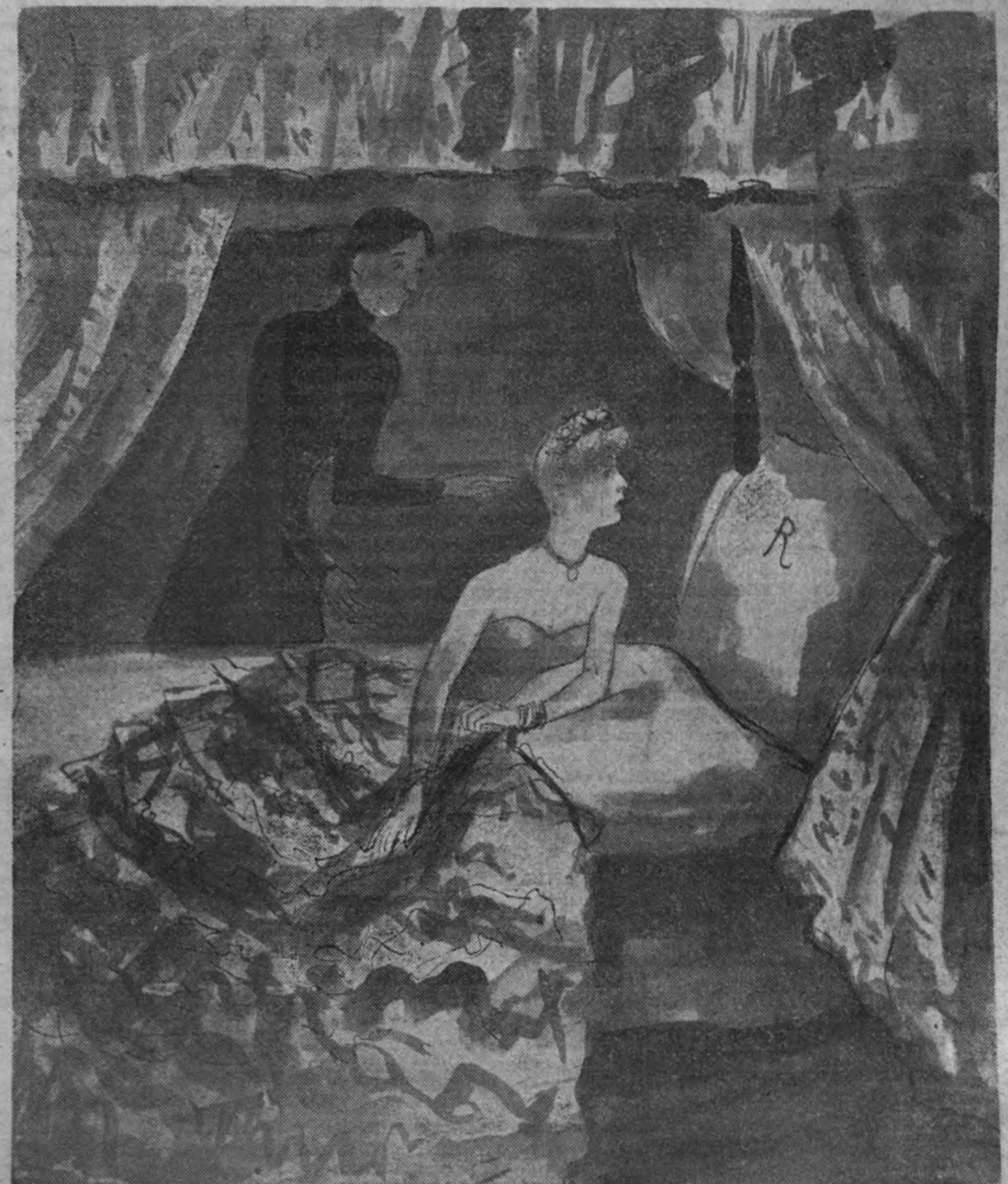
«Rebeca» es una creación británica. Si como obra de arte hubiera que encajarla en un estilo, sería preciso decidirse por el prerrafaelista, que es el más sincero modo de expresión de los artistas ingleses.

Ya de antes, Inglaterra se sentía mal, como patentizaba bien el desdoro de sus escritores. Bien es verdad que los escritores son una casta de hombres que con facilidad desprecian a su pueblo; pero pasma ver cómo en la cúspide de su éxito entre lectores de habla inglesa, Galsworthy, al describir un tipo necio o sordido, gustaba de añadir, «como un perfecto inglés». No hablemos de la acritud de Wells frente a las cosas de sus compatriotas. Ni de los sarcasmos de Bernard Shaw. Pero desde hace algún tiempo el viejo país ha entrado en la fase venusta de su dolencia, y se canta a sí mismo una sonata de otoño llena de angustia en su armonía. De ordinario sucede que quien pervierte su gusto en el sentido de preferir la enfermedad a la salud, se muere. Así los borrachos y los toxicómanos de toda especie. Pero aunque alguna vez falle esta regla en el mundo físico, en lo moral se cumple. Porque en el mundo moral está muerto de antemano quien renuncia a la limpieza, autenticidad y energía de vivir. Si un país toma partido resultante por lo morboso, en su arte o en sus costumbres, le ha llegado, sin duda, la ocasión de buscar heredero.

Cuando un pueblo desea, aplaude y produce cosas como «Rebeca», y se pone a incensar con el arte más depurado argumentos contra Natura, es que de nuevo brilla en su cenit el signo de Sodoma y Gomorra anunciando su terrible destino.

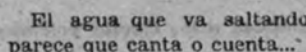
Y no sería malo que, a la vista de estos presagios, algunos españoles nostálgicos de cuanto se hundió recordaran la lección espantosa de la mujer de Lot, a quien el Señor convirtió en estatua solamente «por mirar atrás».

(Publicado en «Juventud», núm. 39. 14 de enero de 1943.)



Por JOSE GARCIA NIETO

No podía haber en esta vida esa preocupación de temporalidad de que habla la Biblia. La medida se daba con módulo y peso, de lites perdidos. Y de aquí que la vida del poeta a su camino, a su destino, en su tiempo nos dé después el fruto de un mundo de una frica sencillamente humana, como sin querer. Esto es Jorge Alvarado.



Ir cantando y contando era el "lujo" que se podía permitir en aquel reducto provinciano aquel viajero tan aficionado a

Por EUGENIA SERRANO

peso creyente, a quien Dante admiraba
erguido, en un sepulcro de fuego, alzando
pecho y cabeza con gesto de desdén hasta
parar el mismo Infierno.

Mas el vulgo no ama estos donjuanes.
El vulgo prefiere aquel don Guido de A
ntonio Machado, ¡tan formal!, final de r
za, que fué de mozo:

Nosotros no somos un pueblo drolístico, regocijado y sensual, como esos buenos bebedores de los maestros holandeses y flamencos, como las feroces matronas de Flandes, o simplemente como los siervos de Ruffini, que se soborró con carcajada pagania la eterna manzana. Nos faltaba para ello fuerza y riqueza; del hambre hemos hecho sobriedad. Pero tampoco, cuando fuimos sobre el mundo, atamos a los sobrehombres las hermumbrosas cadenas del dolor estéril y la turbia tristeza. Cuando España fué en el mundo y se vestía, se peleaba, se amaba y se bebía a la española, no era con paso de espanto de la santa compañía o de ronda de disciplinantes, sino

(Publicado en «El Español», Madrid, 10 de abril de 1943.)

Y no bordan tampoco; ¡qué tapiz haría falta para ello!—las naves de Aragón y Cataluña, que ganaron a moro el dulce paraíso balear, que tomaron Sicilia, Malta y Gelves; cifieron con dominio indiscutible todo el Mediterráneo, domaron el orgullo de Venecia, destruyeron a Francia. Roger de Lauria solo no cabría en el tapiz de las damas normandas,



Por ROMAN ESCOHOTADO

Un Imperio se ha hundido—he aquí el primer error, por que no hubo colonias, sino pueblos hispánicos—y parece imposible volverle a levantar. ¡Ay siglo XIX, envuél-

(Publicado en «Ya», Madrid, 6 de octubre de 1942.)

La creación como patriotismo

Por PEDRO DE LORENZO

A 13 DE FEBRERO, EN LA CALLE DE LARRA

A CABO de llegar a casa. Esta noche he sentido, más anheloso por salir que nunca, el angustiado grito que os debo; si mi pulso tiembla, la culpa es la carga a ese viejo farol que hace esquina al bulevar, al anacrónico balón de luz difusa en el que transparece unístico con esta cifra significativa: LARRA-13. No le he roto sus paredes vídriadas, pero he notado quebrarse dentro de mí algo más: la teoría común de la inercia, que neutraliza todo latente señorio de invención.

Me he dispuesto a escribir. ¿No incita esa farola indenne a la heclura de un reportaje melancólico? Tropiezo con el último número de «El Español» y me provoca un nuevo acervo de relaciones que ascienden de mi conciencia: Larra pasó a fines de 1835 a la redacción de «El Español» de entonces, y desde allí comenzó a darnos sus comentarios políticos. A 2 de noviembre de 1836, en el artículo «Día de Difuntos», exclamaba: «Mi corazón no es más que otro sepulcro.» Larra, en las páginas de «El Español», acababa de presentar su candidatura al suicidio.

En el cerebro, un caos de sensaciones fluye a veces tumultuoso; otras, con la clarividencia del que ve desfilan sobre una pantalla nítida estremecimientos e ideales. No quiero en la mesa nada que turbe, nada que sugiera; arrojé a un lado fichas, Prensa y lecturas: «Nasa» y «La familia de Pascual Duarte», «Leoncio Pancorbo», «La piedra solitaria»; hay un recorte de periódico que dice: «Crisis de la invención». Al apartar, en fin, el «Aparato bibliográfico de Extremadura» vuelvo a pensar en Larra: está abierto el catálogo por la página 76, donde se registra la «Apología acerca de Touro de San Marcos» en la feria de Brozas; pero la figura de mi coteráneo Vicente Barrantes trae pareja la evocación de sus amores con doña Baldomera—Baldomera de Larra y Wetoret—, el año de 1848, en el café Venecia de aquel Madrid donde la primigenia de «Figaro» hizo un nombre tan infelizmente famoso con su «Caja de imposiciones».

En la mesa, libre ya, limpia, dura y llana, aperdigo las cuartillas; principio a escribir. ¿Qué tema roza más fervorosamente la sensibilidad actual?

El farol de la calle de Larra. «Figaro» en «El Español». Larra en Mérida. La muerte sobre el Doncel. Un extremeño en la familia de Larra. Litografía romántica en lunes de Carnaval. Antinomia biopolítica del escritor. Larra desde el 98 al 36. Larra, «hijo de dos madres»...

Esto es el ensayismo. El ensayismo resulta fácil: sólo demanda disgregaciones, simular acaso una cultura, apuntar tareas de orden cósmico, puntos de vista bien conocidos. ¿Y es eso creación? Pues ahí va mi repulsa cerrada contra el ensayismo, porque no me concebí sino en la propia realización, sea o no de un hacer patético. ¿Qué importa cuando se ha obrado con plena autenticidad? Y yo renuncio a quedarme en ensayista cotidiano, y aun distinguido, porque me aterra la frustración de mi destino vocacional: el de escritor. Pues, sí, que, a pesar de esta decisión mía, rígida e inapelable, no consiga remontar la

vía creadora; careceré en este caso del preciso nivel requerido de calidad estética; habrá fallado mi biología, mas no mi apasionada voluntad; y al mostrarme sincero conmigo mismo jamás ha de llamarse a traición el íntimo ahínco que me mueve: no será un nombre, pero sí un hombre. Un hombre fidelísimo y cordial.

¿Es que no os acongoja a vosotros cuanto a mí, camaradas de generación, la inquietud que acomete a nuestros reductos juveniles? ¿No halláis significativa la disparidad, la falta de voz unánime, la ausencia de matiz unificador en nuestra conciencia generacional cada vez que se promueve una revisión de valores? Recuerdo ahora la encuesta del «Quijotes», la del concepto

el desdén de Dolores Armijo, que se haya asesinado ante un espejo ni que dos gotas de sangre cayeran sobre el «Macías» en rama. Lo que importa esta noche, en la hora de su aniversario, es esto otro: que hombres nacidos en 1909 caían también en 1937, y no entre máscaras de Carnaval, sino con caretas contra gases de guerra; porque otra atardecida, tan de 13 de febrero como aquella del romántico o esta de ahora, dos grupos de jóvenes se unían en un despacho de la calle de Dato y acordaban vivir para la muerte, que es morir para la inmortalidad.

¿Jóvenes entre los que yo soy joven! ¿No sentís trémula y palpitante la llamada de la creación? Somos la generación que

monio amenguasen, sino encendidos, de contrario, con un delirio guerrero nuestra honda sed de conquista.

Este es el triunfo marcial del amor y las armas, al que en un discurso ardiente hemos ido ligando las Letras: dialéctica y coraje en hermandad sintetizada desde la capitania. Donceles con una estrella de seis puntas tallada en el pecho y un manejo de versos en el corazón: Sotomayor aprende en poesías goetheanas cómo se cae mejor sobre la nieve, encandillado el fusil.

¿Basta ya de crítica! La crítica ha sido rebasada y a tiro limpio; que si la fuerza no es razón, tampoco la razón excluye al —lo que fuese locura— agota el reino de la espiritualidad. No más crítica, no más análisis, no más disgregaciones. Al 98, que —como se nos ha dicho— trajo de lema nacional «la crítica», hay que oponerle esta consigna heráldica de nuestro mensaje: la creación como patriotismo.

Creación que se evidencia ya en la novelística con las aportaciones definitivas de dos jóvenes: Camilo José Cela y Pedro Álvarez. Y en Lirica con la de tantos poetas inéditos, sin acceso a ediciones ni revistas porque vienen a liquidar el virtuosismo de las últimas promociones, pagadas de técnica, en un canto hirviente de sensibilidad, de ritmo interior, de jugoso arrebatado.

Pero aun hay espacios literarios que reivindicar: el teatro. ¿No os brinca en las cárcavas del espíritu un poder dramático cual nadie lo hubiera de sentir? ¿Si somos la acción más tensa y a la par desgarrada, la experiencia vital más bronca que ha existido en la Cristiandad! Vayamos a la conquista del teatro y el cine nacionales que hoy naufragan en una estepa frívola y negativa, sin otra esperanza de redención fuera de nuestra fe. Y emprendamos, en fin, la realización de los géneros nuevos: de un periodismo con fórmula sincrónica que rompa con los ciclos vitales ya cumplidos, porque si Larra, periodista, tuvo el sentido de la época y murió a gusto de su tiempo, nosotros, que hemos sabido morir también cual nuestra época pedía, estamos llamados a crear el periodismo con rigurosa coetaneidad. Prensa y micrófono, donde surge el «radiogramas» como inédito campo en tempero, aguardan una roturación con rejas de amor y urgencia.

He aquí mi posición generacional desde esta encrucijada que es la noche del 13 de febrero.

Radicalmente anticrítica; de un lado, en previsión de procelas nacionales; de otro, por pura serenidad.

Fe rotunda en nuestra posibilidad de creación.

Labor futura estimulante: en una prosa pensada, de ideales, de pedagogía social; una literatura que enseñe, que mejore, perfeccione y trascienda; que al valor estético agregue lo humano y representativo.

Solo y sin más vistas al pasado, ponga desde hoy mi entraña en el fuego de la creación. Yo estoy seguro de que me acompañaréis. Por mí, no; por vosotros, tampoco; por esta cosa mítica, siendo real y verdadera, que se llama generación, y que trae ya marcado su norte inevitable: la grandeza creciente, áspera, dura y fecunda de España.

(Publicado en «Arriba», Madrid. El 14 de febrero de 1943.)



NAUFRAGIO DE LA MORAL FAMILIAR

Por IGNACIO AGUSTI



es de mal gusto observar al vecino a través del ojo de la cerradura, no caeremos jamás en la tentación de observar a un país por la puerta de su Parlamento. Las tareas de la Asamblea Federal, de dialéctica puramente interior, no tienen por qué interesar al forastero. No sentimos la menor intención de contemplar a los países en camiseta. Elegiremos, pues, el momento en que se pongan de gala.

No ocurre con frecuencia que los prohombres de la política helvética se sientan arrebatados por el ímpetu oratorio. Como en toda democracia consolidada, raramente los prohombres abandonan el pudor de hablar en nombre de sus contemporáneos. La responsabilidad de una toma de posición que sublima y dote de perspectiva la estructura de mosaico de los Partidos sólo puede asumirla el presidente de la Confederación, y para ello, como es lógico, tiene que estar muy seguro de que lo que expresará son conceptos verdaderamente nacionales.

Hace pocos días Suiza se abrochó el cuello de pajarita para la inauguración de una Exposición interesante: «Cien años de sellos de Correo suizos». Se opinará que la Historia no da para más y que los grandes conceptos andan del brazo con la filatelia. En todo caso, no estará de más recordar que éste es un país donde la Historia la hacen también todos los días los carteros y donde el hecho de que llegue a manos del destinatario una carta con cinco minutos de anticipación sobre el horario previsto no excita en absoluto la olímpica hilaridad de nadie, ni siquiera de los tasadores de la grandeza humana pasada y futura, que también los hay. A fuerza de excelentes correos, de medios de comunicación inverosímiles, de arrancar la fuerza eléctrica con las uñas a la geología —todavía más arisca que fotogénica— de este país, y de un horror biológico al empirismo, el Estado suizo existe todavía.

El presidente de la Confederación, señor Celio, pronunció, en la sesión inaugural de la Exposición citada, un discurso eminente en muchos aspectos. Nos interesa destacar uno, sobremanera sugestivo: «Si algo permanente debe, a mi entender—dijo—, derivarse del calvario actual, será una dignificación justiciera de la familia y del trabajo: de la familia, reconocida prácticamente como célula madre de la sociedad; del trabajo, reconocido como título de nobleza del ser humano.»

Esta declaración, aparentemente desprovista de rotundidad a los efectos polémicos

de la hora, roza uno de los conflictos trascendentales de nuestro tiempo, conflicto a cuyas consecuencias Suiza no es ajena. Expresada en España, donde la soberanía familiar es axioma en el corazón de todos, donde hasta a los mendigos los vemos cargados con sus diez hijos sobre el lomo de los puentes, tal vez no descubriría una intención profunda. En Suiza—en el resto del Mundo—, sí.

El conflicto entre el Estado y la familia alcanza visos patéticos. Lejos están los años en que se daba al hijo, con además que era un símbolo patrimonial y moral, su primera moneda y la llave del hogar. Este además lo realiza hoy el Estado, y ello cuando el chico no ha salido todavía de la adolescencia. Causa pavor contemplar estas masas de chicos de trece, de catorce años, disparados a un mundo de «week-ends», para el cual existen todas las facilidades imaginables, sin que haya fuerza humana capaz de impedirlo. La promiscuidad es espantosa. Esta es la causa remota de que en la actualidad Suiza sea el país donde el divorcio está más extendido; más, incluso, proporcionalmente, que en los Estados Unidos. Se calcula que el número de abortos provocados llega aquí anualmente a la espantosa cifra de cincuenta mil. Suiza, país pequetísimo, se va despoblando vertiginosamente. ¿Llegará a tiempo la moral nueva de injundirle vigor? En sus últimas consecuencias, el progreso entraña un germen de putrefacción moral. Hay síntomas, sin embargo, de la conciencia de estos grandes peligros. El número de católicos ha duplicado en el término de veinte años. Produce impresión asistir a una función religiosa. Las palabras del presidente de la Confederación indican, por otra parte, que se conoce a fondo la razón del mal y que la cauterización se efectuará profundamente.

Al despertar, en gran parte de las ciudades suizas, lo primero que la mirada, todavía brumosa percibe, es el llameo fugaz y loco, endemoniado, de los reflejos del agua en el techo de la habitación. El lector no se puede dar idea de cómo, por las mañanas, es alucinante este reflejo movido en el techo. Todas las ciudades se despiertan al borde de un lago que cuaja en el techo su estampa a la inversa, como una danza loca de llamas, como una telaraña del diablo. Así debía despertar Juan Jacobo Rousseau. A nosotros, más avisados, nos traslada a la adolescencia, cuando el techo de la alcoba amanecía lamido por los reflejos del lavadero comarcal, con el eco gozoso de las palas enfurecidas contra la colada. Pero aquí es distinto; aquí los reflejos no son líricos, sino metafísicos.

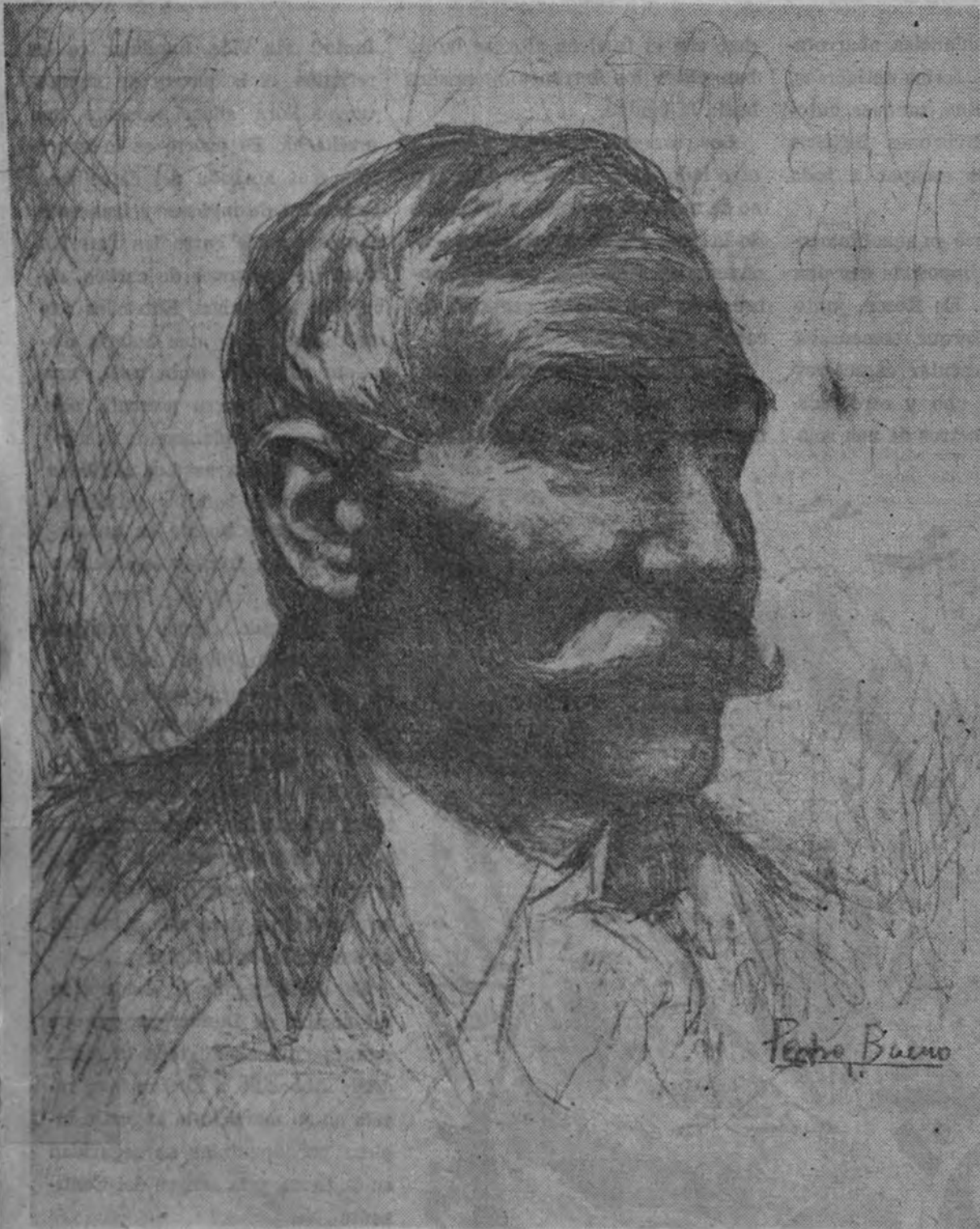
(Publicado en «La Vanguardia Española». Barcelona, 6 de marzo de 1943.)



EPISODIOS NACIONALES

historia de la ocasión perdida

Por RAFAEL GARCIA SERRANO



TODAVIA dura el guirigay y es posible encontrarse aún con gentes que se persiguen devotamente al oír su nombre, espantando pájaros de heterodoxia, o bien otras gentes de morrión—bastante desplumado y ya francamente sin cacareos—que lo pongan por las nubes recordando viejas actitudes de rebeldía, estériles y retóricas barricadas al leer alguna página de una novela o repasar el fatigullo de cualquier segundo acto. Pero junto a nosotros Galdós no suena como un coro, más o menos lejano, de trágica o pitia. Yo no sé si a estas horas existen seres de museo que discutan en tertulias antediluvianas el republicanismo de Galdós o la clerofobia de Galdós o el liberalismo de Galdós. O, aun peor, ese otro pecado, casi de secesionismo, que algunos loun como una de las virtudes teológicas del buen escritor castizo: el madrileñismo. Para nosotros, jóvenes con una decidida y definida actitud en la vida, en la vida brusca, incómoda y gloriosa que nos ha tocado en suerte, todas esas adjectivaciones partidistas, banderizas o verbeneras de Galdós, son pura música de chinchín; catálogo de arqueología. Pleito fallado, inútil, estúpido. Sería como volver en el estercolero político del siglo pasado, encenagarse en un chirrón de comino mientras por nuestras manos está pasando—ahora, ahora mismo—la otra gran ocasión de España. La que hemos hecho voto—vos y voto de la granada, no de la uña—de no perder. De ganarla totalmente aun a costa de ir dejando la buena vida por caminos que fácilmente se advierten con sólo haber vivido los años sangrientos del treinta y seis al treinta y nueve. Y lo que colga. Galdós, para nosotros—para nosotros que somos lo único que realmente importa—, no

significa otra cosa, dando de lado su genialidad de novelista que le sitúa en las proximidades de Cervantes, que el historiador maravilloso de una ocasión perdida. ¿Qué vanos, qué pobres resultan los que se esfuerzan en enderezar el mundo galdosiano en una u otra dirección! Aquí o allá. A la derecha—buceando en lo nacional con olvido del indudable liberalismo de Galdós—o a la izquierda, haciéndose los distraídos ante aquel alborozado sentimiento patriótico que marca indeleblemente el universo galdosiano. Olvidando cómo Galdós, cuando ya España se retiraba de los mares, izaba en el mástil del "San Quintín" la bandera de la Patria, al paso de los trasatlánticos que hacían la carrera de América. La carrera del buen tiempo hispano.

Hay gente para todo; hay eruditos rencorosos, craxistas anabales, zapateros de "El Motín", lectores de "El Correo Español", hombres que viven en el otro mundo, que no es más que vivir con arreglo a las normas que se quebraron con el imponente puntapié de nuestra guerra. Pero quedan; peor para ellos. Y a Galdós lo verán con un ojo tapado y sobre él dispararán las serias opiniones de la anteguerra que ahora resultan hermosas majaderías. No, mis viejos y deliciosos señores; Galdós es algo más que un novelista, algo más que un liberal, algo más que un menudito anticlerical. Galdós es el hombre que nos pone a la vista el ejemplario de la ocasión perdida. La historia de un siglo que comienza en las aguas trágicas de Trafalgar y acaba en las aguas trágicas de Cuba. ¿Qué importa que sus "episodios" terminen en Cánovas? ¿Acaso en Cánovas no se advierte ya el germen desastroso que habría de llevarnos a la mutilación inter-

nacional? ¿No fueron quizá los primeros culpables aquellos abogados de Cádiz que tanto se veneraban en los ornamentos de la Restauración liberal?

Nosotros queremos dejar a Galdós en su punto exacto: sin quitarle ni añadirle. Como es. Como está. El historia novelesco un tiempo superado; una victoria sin alas, una Patria convulsa, abocada a un fatal destino. Al lado de esto, ¿qué significa un apellido político o ese apellido de escritor-madrileño? Es España, la grande y pequeña España, la del mar y la tierra, la de las provincias de terquedad sublime, la de los campos del Maestrazgo y Estella, la de la exasperación, la de los pronunciamientos, la de las esperanzas muertas, la España tracionada y, si queréis, también la España de los cafés y los cabildos, toda esa España enorme y confusa del siglo XIX, la que transcurre por la mejor de sus obras. Por la eterna: los "Episodios Nacionales".

No es nada para nosotros la Literatura, ni el Arte, ni la Música. Nada nos importa pasar por el Mundo sin dejar otra huella que la de las botas de clavos, que la de la cruz en un rincón, que la remota huella de una tumba ocasional. No aspiramos a consagrarnos por la obra maestra, por el verso que sentimos y no tenemos tiempo de escribir, por el cuadro que vemos y no podemos pintar, por la estatua que tantea, hermosa y desnuda, nuestra imaginación, mientras la piedra que la contiene nos sirve de parapeto. La misión única de los que ahora vamos bajo la bandera hispana es conseguir un siglo útil para la Patria. No dejar escapar otra ocasión por la culpable tendencia a inclinarse tras el esfuerzo. Que arda el Mundo, que ardan los Museos, la vanagloria de los artistas; si es necesario ese gigantesco auto de fe para alzar España, que así sea. No nos consideramos menos dotados que cualquier otra generación. Pero si estamos seguros de que somos más ambiciosos. Porque nuestra ambición no es la lógica ambición individual, sino la generosa ambición de sacrificarlo todo a algo más trascendente que una flor natural, una buena carrera o un brillante porvenir. Queremos hundirnos nosotros—si ello fuera necesario, porque tampoco somos santones del sacrificio—para levantar España.

Queremos que al historiar nuestra centuria no pueda haber un genial Galdós que escriba otros "Episodios Nacionales", bellos y desalentados. Y lo decimos, porque antes de alcanzar nuestra agitada adolescencia, muchos, hemos leído en la paz familiar de nuestras provincias el ejemplario de una ocasión perdida. En las provincias tercas y decididas que han hecho posible a España.

(Publicado en «La Prensa», de Barcelona.)

De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul

(Viene de la página 7.)

masiado caso—ya conocían algo de su carácter extraño—: ¿Vas a lavarte?

Cuando tuvo el agua que creyó suficiente, colocó el cubo al pie de su litera, subió al catre y puso el farol encendido colgado del cielo bajo de la chabola, frente a él, a la altura de su cabeza. Entonces, sentado arriba en las tablas, sacó el remo y metió el extremo en el agua. Y Miguel comenzó a cantar, mientras remaba en el cubo, la napolitana «Santa Lucía». De cuando en cuando con la mano hacía oscilar el farol.

Su góndola no se mecía. Pero él acompañaba el ritmo del supuesto bogar con la melodía de la canción. La así sugerida Venecia le liberaba espiritualmente del ambiente acromático, melancólico y extraño de la estepa, y su nostalgia se deslizaba hacia el lejano y azul Mediodía convocada por un remo, un fanal y una canción.

—¿Qué va a ser lo mismo! Lo tuyo es una chifladura.

—No; es mi válvula de escape para la tristeza de los recuerdos que padecemos aquí, en esta condenada Rusia.

Os aseguro la autenticidad de lo que he contado. Por ello veréis que los hombres de la División Azul llevaron de España las tres únicas armas capaces de vencer el complejo escéptico, pesimista y derrotado de los «miserables» de «Sin novedad en el frente»: La fe religiosa, el entusiasmo fanático por la razón que luchaban y la invención española para el hallazgo de cauces de evasión a la inevitable nostalgia que sufre el soldado.

Por eso tengo la certeza de que Erich Marie Remarque no ha estado en la División Azul.

JESÚS REVUELTA

(Publicado en «Haza», febrero de 1943.)

De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul

Por JESÚS REVUELTA

E

NGASTADO en el hielo y en la nieve, tumbado, avizora el escucha. Siente el peso material de la luna sobre su espalda vuelta al cielo blanco de la noche. Su sangre recibe, a través de la ropa, el helado aliento de la luna rusa, y las sensaciones comienzan a trastocarse y naufragar en el cauce acorchado de las venas. Aquella mata de la derecha, la de todas las noches y todos los puestos, comienza a bailar, a trotar. ¿Una bayadera? ¿Un caballo? ¿Habrá alguien detrás? ¡Ah, como siempre, son los ojos! Más que para ver le sirven como órgano táctil que toca el aire, el frío. El otro día le daban así cuando le dijeron que estaban a 35° bajo cero. Las pestañas, tienen una marquesina de hielo. ¡Dios, cómo cuesta el no cerrar ni una vez los ojos! ¡Y cómo duele el despegar los párpados cansados de tanta vigilia! ¡Y sobre todo, estas marquesinas de hielo cómo se adhieren entre sí al pestañear!

El escucha saca la lengua para tocarse el bigote. Efectivamente, ya está duro y suave; blanco caramelo de anís. Sabe que lo tiene blanco porque muchas veces se lo ha visto así a sus camaradas que volvíen de puesto, y una noche quiso verse en un trozo de espejo. Con un tizón apagado y renegrido de la estufa se pintó unas arrugas en la frente, unos pliegues en los ojos y unas rayas en las mejillas, bajo los pómulos. Se miró detenidamente—las cejas aun tenían fibras blancas de hielo—, y dijo a los demás:

—Yo, a los cincuenta años... ¡Si salgo de ésta, claro!

Unas trazadoras brincaron por encima de la mata aquella de la derecha. Su imaginación se había ausentado. Ante él no estaban sus camaradas del frente enemigo, apenas perceptible en la pantalla blanca que, colgada de la luna, pasaba por el horizonte desvanecido en el lechoso reflejo del cielo y terminaba en la boca de su fúsil.

Le torturaba el dolor de los pies y de las manos. Eran los primeros síntomas de la congelación. Pero miró a las estrellas y aun más allá, con una plegaria de ofrecimiento en el corazón; sin una palabra. Era la única vida próxima. Europa comenzaba tras él, a unos treinta o cuarenta metros, en la trinchera. Estaba absolutamente solo. Esos metros le separaban muchos miles de kilómetros de su vida habitual. En la trinchera le parecía estar más próximo a su madre, a su novia, a su mundo familiar, muchísimo más cercano que allí solo, treinta o cuarenta metros más, destacado en tierra de nadie. Efectivamente, estaba en tierra de nadie, porque en esos metros cuadrados no existía ningún ser ni ningún valor del mundo civilizado y pacífico. Para los soldados que no hubieran nacido en España allí no existía nadie más que la muerte. Para este escucha español existía, con una presencia especial nunca sentida, existía Dios. Y bien podrías creerlo; le veía sobre astros, más cercano a sí y más seguro que la misma muerte que ensayaba dianas en su frente ungida por la gracia de ser soldado. Sí, más cerca que nunca, Dios. ¡Qué dolor en los dedos de las manos y los pies! Y mejor cumplido que nunca, también, el deber que imponían, desde el pecho, aquellas cinco flechas yugadas que ahora, tumbado de bruces en el hielo, apuntaban al enemigo. El santo fanatismo de la Falange le había lanzado hasta allí, desde la butaca cómoda de Madrid, a esta tierra de nadie; desde la bulliciosa ciudad de la lejana retaguardia con las calles iluminadas y concurridas por un «público» espeso y municipal. Una emoción suave, creciente, honda, apresuraba

su corazón de gozo. ¡Qué gran ideal el que es capaz de traer aquí veinte mil hombres con alegría de luchar! Ahora sí que no puede morir la Falange. Y si yo muero, «Sin novedad en el frente»; pues otro, con camisa azul, cubrirá mi hueco en la escuadra. Las noches seguirán siendo blancas como ésta, y Dios seguirá sobre las estrellas, que titilarán con ternura, como ahora, para el nuevo centinela. Decididamente, Remarque no luchaba por nada tan grande como luchó, ni sus camaradas tuvieron la fe que nosotros en una vida eterna.

Y aquel escucha no envidiaba a nadie.

...

—¡Ya está Miguel fundiendo nieve en su cubo!

—¿No tienes tú ahí, pegadas en la pared, unas postales iluminadas de toros?

¿Y no has pedido unas fotos de tu pueblo a tu madre? Pues para mí esto es lo mismo.

La chabola estaba cavada bajo el cielo y la tierra, forrada de tablas, y había tres escalones para descender a ella desde la trinchera. No tenía más luz que la de un candil de petróleo. Y cabían tres pequeñas literas con dos catres cada una, superpuestos y adosados a la pared, al modo marinero. En un rincón una estufa construida con un bidón que alguna vez tuvo gasolina.

Por Nowgorod, el Wolchhof, cuando se deshela, es navegable. Por eso en su orilla derecha había un pequeño astillero donde Miguel, un día, cogió un remo y subió con él al hombro a la posición. Lo metió en la chabola y lo puso encima de su catre, que era uno de los de arriba.

—Un día que no haya leña le partimos—le dijeron.

—¡No, dejádmelo, por favor! No os estorba, y ya procuraremos que no falte leña para la estufa.

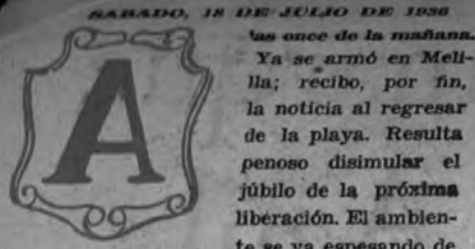
No comprendían sus camaradas para qué guardarla allí aquel remo.

—¿No pensarás llevarlo a España?

Otro día que hubo de ir a Nowgorod, volvió con un viejo farol de cristales rojos y blancos, alguno de los cuales estaba roto por las esquinas. Lo anduvo arreglando entre guardia y guardia; le puso mecha y lo encendió. Entretanto, un cubo lleno de nieve se fundía al calor de la estufa. Hubo de rellenarlo varias veces, porque daba muy poca cantidad de agua aquella nieve. Los otros le preguntaban, sin hacerle de-

(Continúa en la página 10.)





ARABADO, 18 DE JULIO DE 1938

Ya se armó en Melilla; recibió, por fin, la noticia al regresar de la playa. Resulta penoso disimular el júbilo de la próxima liberación. El ambiente se va espesando de rumores. Yo nada sé—nada «puedo» saber todavía—. Distráigo mi ansiedad decepcionando a un republicano bien pensante, de esos que arrastran su ambivalencia castrense—horror y amor de la espuela—por las sinuosidades de un régimen que «España se dio a sí misma» en un mal momento de bobería.

—«Enhorabuena», le digo. «¿Por qué?» «Porque acaba de fracasar el pronunciamiento.» «¿Y usted se alegra?» «Yo, no. Pero usted no tiene más remedio que alegrarse. ¿No es usted abogado y partidario de la supremacía del Poder civil? Cedant arma togae.» Dice que no está para bromas, y se marcha furioso, tal una doncella que, ardiendo en deseos de ser ultrajada, sólo topa con respetuosas frialdades. Como figurón representativo de un estilo agonizante, mi amigo morirá esta noche sin haber alcanzado la meta de sus ensueños ciudadanos, que eran los de ser diputado provincial. Mañana amanecerá comunista o ultraintegrista, según proceda. Le compongo este epitafio para el café de esta tarde:

Periodista, polemista, porfiabas por principios, por pasiones, por palabras... ¡Y lo bien que a ti mismo te escuchabas!

A las tres de la tarde.—Mi epitafio no tiene éxito. No es hora de ingeniosidades, sino de noticias. Atacada de verborrea, la radio republicana se está poniendo muy histérica. Y monsieur Bernanos, muy pesado. Estrena «veston» azul con trabilla, pantalón «belge» y no lleva las uñas tan sucias como de costumbre. Alegra este conjunto una de esas corbatas que sólo los franceses son capaces de exhumar y exhibir: es peluda, tricolor y le costó seis reales. La camisa, de un terno color rosa, evoca las «bergeries fleuries» del Triunfo y los minuetos de Mozart. Es responsable inmediato de tan suntuoso e inusitado refinamiento indumentario el grupo girondino-intelectual de la localidad. No por lectura directa—porque los intelectuales no leen—, sino por referencias de la «réclame», se supo que monsieur Bernanos, a la manera de Chateaubriand o—si se prefiere acentuar la caricatura—al estilo reproductivo del señor Ossorio y Gallardo, era monárquico sin rey y teólogo «amateur» sin pies ni cabeza ni rastro alguno de coherencia mental. Enterados de ello, mis buenos girondinos ya no tuvieron momento de reposo hasta que consiguieron organizar un homenaje al administrador de tal retorcido galimatías político-espiritual. Homenaje que se celebrará dentro de unas horas en el Grand Hôtel, si antes no se ha hundido el Universo.

A las cuatro de la tarde.—«Dos piezas de 75 se emplazarán esta madrugada frente al Gobierno Civil. Junto a la estatua de Raimundo Lullio, un 15'5 se orientará hacia las afueras.» V. O. monrío y ahora, señalando un edificio: «Hacia allí, por el caso...» Yo no puedo recordar ahora cuál era ese edificio. Pero V. S. G. tiene muy buena memoria, y es quizá uno de los hombres que mejor conocen la historia subterránea y angustiosa de aquellas puestas en marcha del Movimiento Nacional.

A las seis.—El café de la «Alhambra» es una nube de humo cerrada por cristales, que aturde el guirrigay de la radio. El Gobierno republicano dice y ordena tantas cosas que los mismos republicanos empiezan a escamarse. Gran capacidad verbal y burocrática la de esos ministros de izquierda. El miedo les ha vencido y sólo hablando y firmando hallan alivio a su trastorno. Y así—turnándose ante el micrófono y la «Gaceta», amenazan, adulan, ordenan, suplican, insultan, rugen, cantan, rien y lloran. Hablan todos. Azahar, Prieto y la «Pasiónaria», se reservan la última hora, como las «vedettes» de «musical-hall». Pero ¿cuál será la última hora



EN LAS PRIMERAS VEINTICUATRO HORAS

Por M. VILLALONGA

de estos «docos repúblicos de mal gobierno»?

Sereno entre el caos gubernamental-caféteril, monsieur Bernanos da los últimos toques al discurso que habrá de pronunciar dentro de una hora en el Grand Hôtel. Esos pobres diablos españoles ya pudieran haber aplazado un día su revolución. Habrá que ver mañana el «compte-rendu» de la Prensa (1). Monsieur Bernanos se obstina en honrarse con el ensayo general de su parlamento. A su vez, la radio republicana se obstina en hacernos perder la cabeza. —«On nous dit le pays des idées claires. Mais si nous les voulons claires c'est à fin de les mieux aimer...» «Han sido detenidos numerosos generales, jefes y oficiales. El Ejército de la República, como un solo hombre, se apresta a defender al Régimen...» «Les idées claires sont celles pour lesquelles on peut mourir...» ¿Qué tal ese latigullo? Monsieur Bernanos advierte su propósito de subrayarlo con una pequeña pausa, que madame y yo aprovecharemos para iniciar un «petit applaudissement».

Conformes. Enloquecido por el terror, el Gobierno republicano está tirando la casa por la ventana. Concede el Estatuto a las Vascongadas. Aumenta a 10 pesetas el haber diario de la tropa que licencia y moviliza simultáneamente. Gratifica con paga extraordinaria a los mantenedores del Desorden Público. Autoriza a los inquilinos para dejar de pagar los alquileres. «El Gobierno que disponga de lo suyo, pero no de lo ajeno», refunfuña un republicano histórico y obeso, género Alejandro Lerroux. «¿Señores, esto es una estafa!» «Esto es una moratoria!», salta, hecho un manojo de nervios, un radical-socialista flacucho, que carece de fincas urbanas. Por lo que tiene de incomprensible para la mayoría, el vocablo triunfa, imponiendo respeto, convicción y miedo.

El «taxi» nos espera. Generoso, monsieur Bernanos concede once segundos de atención al Universo. Lanza una mirada burlesca a los dos republicanos—histórico e histórico—y les dedica este comentario: «Quels crétins!» Apoyado en mi brazo y en su bastón de inválido, se dirige hacia el coche. Madame Bernanos sigue detrás de nosotros con el discurso y la corbata de su marido en la mano.

(1) El «compte-rendu» aparece hoy insertado en esta reportaje. Era yo el encargado de redactarlo durante aquella noche del 18 de julio. Ruego a monsieur Bernanos que me perdone este pequeño retraso de cinco años.

A las siete.—Caras largas en el «Grand Hôtel». Los girondinos, más complicados y menos cerillos que los jacobinos de la «Alhambra», se hallan en difícil situación. Desean el triunfo del Movimiento, pero rehuyen comprometerse, tanto en la oposición exceciva como en la adhesión prematura. Deciden, pues, darlo por no existente. A uno de ellos—al más imbécil y escuchado—le consta que esta madrugada se constituirá un Gobierno centro-derecha-izquierda, con elementos de todos colores, tendencias, castas, matices, orientaciones, procedencias, programas, proyectos y propósitos. Presidirá este demonium un moderado con puño de acero o un extremista con guante de seda. Que para el caso es lo mismo.

A las ocho.—La nuance, la nuance surtout! Por razones políticas, el cónsul de Francia no podía asistir al homenaje tributado a monsieur Bernanos, pero envió a su señora. Estamos aislados en el centro del salón monsieur y madame Bernanos, la consulesa madame Flandin y una señora británica que nadie—ni ella misma—sabe a qué ha venido. Frente a nosotros, una mesa atestada de helados imposibles y pasteles desmesurados. A respetuosa distancia, muy silenciosos y cohibidos, nos rodean y contemplan los girondinos. Madame Flandin y sus dos «basets» partirán mañana en el avión de Marsella. La niña salió ya con la «nurse» por vía marítima. El cónsul retrasará sus vacaciones quince días, hasta que termine «esto». Los Bernanos se quedarán en Palma, junto al mar. Y yo ingresaré mañana en la cárcel por haber escrito cosas terribles y absurdas contra la República.

A las nueve.—Fracasó el discurso de monsieur Bernanos. Me olvidé del «petit applaudissement». Todos estamos distraídos, ausentes. —«J'avoue que je crois aux grands sérieux de la vie. C'est pourquoi je crois aussi aux grands sérieux de l'ami-tié...» —Suplicio de Tántalo; en la calle se vocea el periódico de la noche. —«Puisse notre collaboration durer longtemps encore! Puisse-t-elle ne jamais cesser tout-à-fait!» —«Por fin las despedidas adquieren ritmo de fuga.»

El delegado militar del Movimiento se mete por una callejuela con tal aire de conspirador que uno no comprende cómo la Policía no le detiene en el acto.

A las diez.—Vela de armas en el «Círculo Mallorquín»; se cena en la calle, bajo los pórticos. Estamos en el cogollo de la Acrópolis ciudadana. Discretamente, han

desaparecido los socios izquierdistas. Una vaga supervivencia arqueológica determina agrupaciones y emplazamientos ideológicos. Allí en las barriadas y suburbios, los desmoriados intelectuales del Frente Popular (gafas de concha y melecias) predicán su guerra santa de la Huelga General Revolucionaria. Grupos avanzados escuchan un discurso en alemán, emitido a gran voz por Radio Moscú. Nadie entiende nada, pero de vez en cuando se logra captar algún vocablo español: Madrid, Palencia, Málaga, Barcelona... Los más obtusos del auditorio asienten con graves cabezazos. Son cinco años de engrimiento y pedantería los que llevan encima. Un calmán liberal de los que votaron a Portela se relame pensando que mañana, en cuanto salga la tropa a la calle, despedirá a los asentados en sus fincas y rebajará los jornales al personal obrero de su fábrica.

Domingo, a las cero y diez minutos.—Ruptura de hostilidades. Ello acaba de suceder así, y en el campo neutral por antonomasia, que era, desde siempre, el Café y Botillería de «Ca'n Tomeu». Sabido es que la europea y feliz gastronomía ofrece ancho margen de tolerancia a las humanas intransigencias. Durante el quinquenio republicano, la tradición de la buena mesa y de los modales correctos se habrá refugiado en ese restaurante que Santiago Ruisifol designara con el exacto remoque de «Café de la Paz». Pues bien, en el Café de la Paz, y en nuestra tertulia de fantoches bien pensantes y no menos comedidos, un jefe del Ejército le ha llamado idiota y otras cosas feas a un rico tipo radical-socialista y millonario: «Llevo cinco años aguantando!—ha dicho mi ex compañero—. ¡Se acabó lo que se daba!» El tipo se escabulle, dejando a la tertulia sumida en el malestar de su coherencia acumulada.

A las diez de la mañana.—Camino de Capitanía me encuentro a monsieur Bernanos, cabalgando su moto abollada y despinada. «Es la única que circula hoy», me dice muy orgulloso. «Un tout petit diable de fantassin» quiso impedirle el tránsito, pero monsieur Bernanos habló más que el soldado, y como ambos no se entendían, venció la verborrea del «Maitre». «Ustedes los españoles no se toman nada en serio. Me río de su sentido trágico de la vida. ¿Dónde está la Revolución? ¿Y la sangre? ¿Y los muertos?» Monsieur Bernanos quiere caballos, como en la plaza de toros. En el patio de Capitanía me entregan un brazalete y un mäsuer recién sacado del empaque, con el ánima obstruida por la grasa solidificada. «¿Qué voy a hacer con eso?»—pregunto a un capitán.—«¿Qué dirán mis vecinos y mis conturlllos si me ven aparecer con esa espingarda?» Mi antiguo compañero se enfurece. «¡Si has de empezar con tus cosas! Mira: lo mejor es que vuelvas mañana. Te buscaré una pistola.» «Pero mañana ya habrá terminado todo eso», advierto. Y me responde el capitán: «Mañana, no. Esta tarde.»

A las once.—En el Café de la Paz. ¡Mi buen marqués sin corbata y sin afeitarse! ¡Sesenta años de pulcritud para terminar saliendo a la calle en zapatillas! Si; yo creo que veremos cosas que «farán hablar las piedras». ¡Y el conde de H, dos veces grande de España, con mono azul y alpargatas blancas! Sólo te faltan la llave de gentilhombre sobre el «meno». Y otro dilecto amigo inaugurando su rifle y sus «slogans». «Todo suma. Pas de nouvelles, bonnes nouvelles.»

Aquí terminan las veinticuatro horas de mi reportaje retrospectivo. Yo no sé si parecerá frívolo al lector adusto, o irreverente al suspicaz. No me interesa. Tanto peor para ellos si no han sabido asimilar la terrible lección de nuestro Alzamiento. Debilitada por un siglo de liberalismo, y corrompida por un quinquenio de República, España sólo podía ser frívola, en el mejor de los casos. Venciendo a sus enemigos se venció a sí misma, real y metafóricamente. Igual que a José Antonio, aquella España de entonces no podía gustarnos. Hoy puede ser ya una novia triste, dolorida por el infortunio, pero cariñosa y honesta. Es decir, puede ser madre.

(Publicado en «Destino», 19 de julio de 1941.)

ANGUSTIA Y RUINA DE DUNKERQUE.

Por ISMAEL HERRAIZ

TODAVIA en la noche del día 3 de junio algún pequeño transporte británico, sorteando restos de buques hundidos, logró hacerse a la mar. La ciudad de Dunkerque había dejado de existir; pero cuando a las nueve de la mañana los soldados alemanes izaron su bandera sobre el faro, la gran historia inglesa se enfrentaba con el momento más alucinante para la tradicional seguridad de las viejas islas.

A mediodía se me permitió entrar en la pavorosa ciudad. Ya desde Rosen el aire traía un hedor terrible de humo, de caballos muertos que se hichaban al sol en la calurosa mañana limpidamente encendida sobre el mar. Nada ha quedado en su sitio en un espacio aproximado de doscientos kilómetros cuadrados. La salvación de los restos del Cuerpo expedicionario inglés ha obligado a Francia a entregar uno de sus mejores puertos a una trituración sin precedentes. Hoy, al escribir estas líneas, pensamos en Dunkerque, en aquellas ruinas ardiendo al sol, y nos preguntamos por qué la defensa del Imperio inglés obliga, de tiempo en tiempo, a las juventudes del mundo a entregar a la guerra el sentido simbólico de la piedra y el mármol. Acosados en todas direcciones los restos de las divisiones francesas e inglesas se agolparon con imponente material sobre Dunkerque. Decidida ya la suerte de la costa oriental del canal de la Mancha, el Mando británico no pensó ni por un momento en defender la plaza, sino en acumular destrucciones ante las columnas alemanas y que el mayor número de «tommies» pudiera ganar, aunque fuera sin armas, la costa inglesa.

Entonces comenzó la escena más angustiosa que se puede soñar. En un cinturón de ocho kilómetros en torno a Dunkerque se encerraron 100.000 soldados y 80.000 paisanos, hundidos desde hace diez días con sus noches en los refugios, y una fabulosa cantidad de ganado, material y provisiones. En confusa aglomeración se agolpaban en

los muelles ambulancias abarrotadas de heridos, baterías antiaéreas, bidones de gasolina, tanques automóviles y las divisiones inglesas que trataban de escapar a toda costa.

De lo que ocurrió en aquel inmenso vivac es casi imposible dar una idea aproximada. En Rosen, junto al canal de Dunkerque, comenzaba el desastre a presentar caracteres astronómicos. A uno y otro lado de los cinco kilómetros de una sola

lunada, sin vida, hundidas en los refugios. A la puerta de algunas cuevas llora silenciosamente una muchacha. El puerto es la expresión más acabada del cataclismo. Cadáveres de ingleses y franceses, negros, caídos entre las baterías, entre los montones de carbón, debajo de los coches. Entre los restos retorcidos de una batería dispuesta para ser embarcada, una ambulancia inglesa presenta seis cadáveres completamente carbonizados en sus literas. Los artilleros ingleses de las baterías antiaéreas lucharon heroicamente en un servicio incesante frente a la continua acción aérea alemana. Estos soldados han sido dignos enemigos de los valerosos pilotos de los «Stuka», y honrosos compañeros de lucha del vencido Ejército francés.

Frente al puerto, caído de estribor, un buque de guerra. A lo largo de todos los muelles, navíos hundidos e incendiados pusieron a prueba la tradicional pericia de los marinos británicos para salvar la vida de sus soldados de tierra.

Es inútil seguir la descripción del horror de Dunkerque, porque muerta en realidad toda la costa, desde Abbeville a Zeebrucken, revela en su martirio la angustia inglesa por apuntalar su seguridad en la tierra y la sangre del Continente.

Desde que la Reina Isabel dijo: «Si después de muerta me desentierren me encontrarán grabado con fuego en el corazón el nombre de Calais.» Inglaterra ha seguido una sola política. Por no haberlo comprendido así Francia, miles de franceses prisioneros caminan con infinita y rencorosa desesperanza sobre la ruinosa tierra donde reposan sus camaradas caídos, porque los rubios hijos de Inglaterra regresarán al «Home», desde ahora en adelante rodeado de cercanos peligros.

Cuando abandonamos Dunkerque la inundación, ya inútil, se extiende más. Sobre las aguas, chapoteando, galopan, enloquecidos, cientos de caballos.

(Publicada en «Arriba», Madrid, 7 de junio de 1940.)



de las carreteras que recorrí se encuentran caídos 5.000 vehículos de todas clases.

Cuando ya la Infantería alemana irrumpía victoriosamente en las últimas defensas, y cientos de aviones trituraban el enorme campamento de Dunkerque, los ingleses volaron algunos diques del canal, inundando varios kilómetros en la parte noroeste de la ciudad. Era, sin embargo, demasiado tarde para enfangar el terreno, porque los tanques llegaban ya a la primeras ruinas de Dunkerque y los solda-

dos, con el fusil en alto, se lanzaban entre los terrenos inundados hacia la ciudad.

Los tanques lanzaban a uno y otro lado de la carretera toda clase de material rodante, y las aguas de la inundación arrastraban cadáveres de franceses, ovejas y, sobre todo, una enorme cantidad de caballos muertos.

Miles y miles de hombres rotos, febriles, como sonámbulos, caminan vencidos sobre la infinita

lunada, sin vida, hundidas en los refugios. A la puerta de algunas cuevas llora silenciosamente una muchacha. El puerto es la expresión más acabada del cataclismo. Cadáveres de ingleses y franceses, negros, caídos entre las baterías, entre los montones de carbón, debajo de los coches. Entre los restos retorcidos de una batería dispuesta para ser embarcada, una ambulancia inglesa presenta seis cadáveres completamente carbonizados en sus literas. Los artilleros ingleses de las baterías antiaéreas lucharon heroicamente en un servicio incesante frente a la continua acción aérea alemana. Estos soldados han sido dignos enemigos de los valerosos pilotos de los «Stuka», y honrosos compañeros de lucha del vencido Ejército francés.

Frente al puerto, caído de estribor, un buque de guerra. A lo largo de todos los muelles, navíos hundidos e incendiados pusieron a prueba la tradicional pericia de los marinos británicos para salvar la vida de sus soldados de tierra.

Es inútil seguir la descripción del horror de Dunkerque, porque muerta en realidad toda la costa, desde Abbeville a Zeebrucken, revela en su martirio la angustia inglesa por apuntalar su seguridad en la tierra y la sangre del Continente.

Desde que la Reina Isabel dijo: «Si después de muerta me desentierren me encontrarán grabado con fuego en el corazón el nombre de Calais.» Inglaterra ha seguido una sola política. Por no haberlo comprendido así Francia, miles de franceses prisioneros caminan con infinita y rencorosa desesperanza sobre la ruinosa tierra donde reposan sus camaradas caídos, porque los rubios hijos de Inglaterra regresarán al «Home», desde ahora en adelante rodeado de cercanos peligros.

Cuando abandonamos Dunkerque la inundación, ya inútil, se extiende más. Sobre las aguas, chapoteando, galopan, enloquecidos, cientos de caballos.

(Publicada en «Arriba», Madrid, 7 de junio de 1940.)